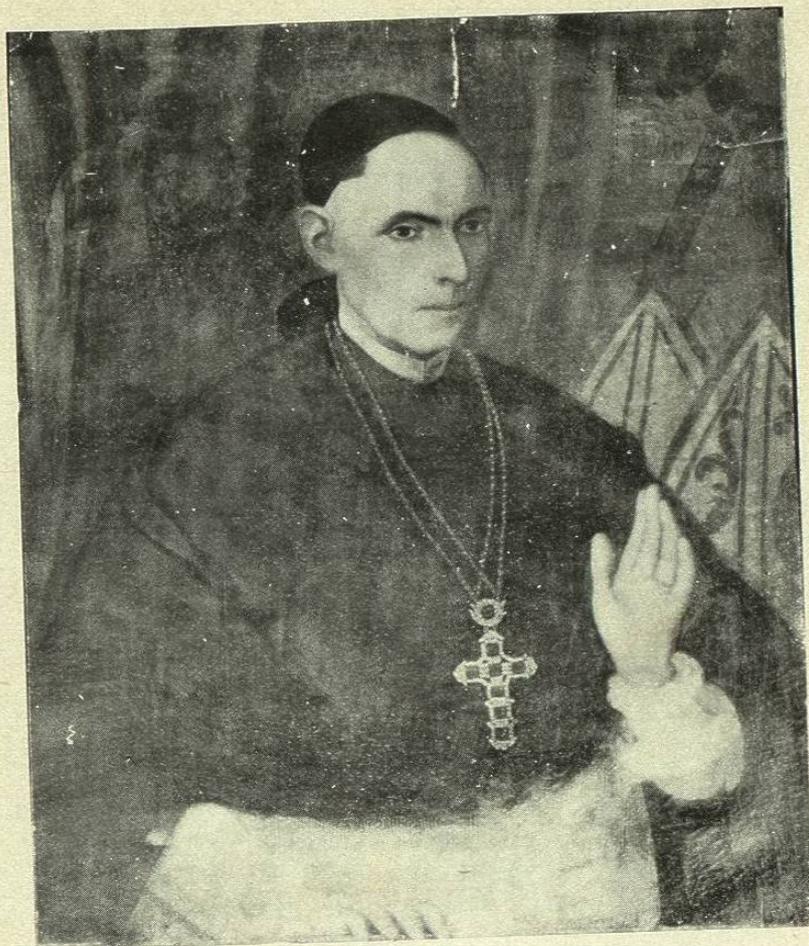

I

Á la par que las penalidades humanas con que la Providencia se despierta los sentimientos del hombre, para que apartando la vista de las cosas terrenas, vuelva su corazón á las eternas; surge también algún varón benéfico que de alguna manera suaviza y ayuda á sufrir con resignación cristiana las aflicciones de la vida, tributo obligado que el hombre paga por los extravíos de su razón ó su alejamiento de la senda de la virtud y del deber.

Nunca en las grandes calamidades por que han atravesado los pueblos y las naciones ha faltado quien, sacrificando su bienestar, gastando sus intereses materiales, y aún exponiendo su propia vida, haya llevado el pan al hambriento, la medicina al doliente y los consuelos al afligido.

Así se adunan, en admirable consorcio, la justicia de Dios y su inagotable misericordia.



A A Arca Obispo de Michoacán

II

La centuria décima octava de la era de Cristo tocaba á su fin, y la Iglesia de Michoacán, huérfana por la muerte de su Pastor el Ilustrísimo Señor Dr. Dn. Juan Ignacio de la Rocha, esperaba con ahínco al nuevo prelado.

Solicitos tanto el rey de España como el vicario de Cristo, despues de un corto lapso de tiempo, le daban nuevo padre en la persona del *Ilustrísimo Señor Dn. Fr. Antonio de San Miguel Iglesias*, trasladándole de la sede de Comayagua, en Honduras, á la insigne catedral michoacana.

¿Quién era ese varón ameritado que mereciera ser el sucesor de Vasco de Quiroga, de Ramirez de Prado, de Rivera Enriquez, de Aguiar y Seijas, de Escalona y Calatayud, de Sanchez de Tagle y otros mas que según la sentencia del apóstol Sn. Pablo fueron "obispos sin crimen, justos y santos?"

Parcos y pobres en noticias los historiadores de esa época, nos dicen solamente haber él nacido en Revilla, valle de Camargo y diócesis de Santander, el día 19 de Febrero del año 1726. (1)

Nada tocante á la calidad y nombres de sus padres nos es conocido, ni hay relación alguna que conmemore las ocupaciones de los primeros años de su vida.

En los albores de su juventud pues apenas contaba quince años de edad, ingresó á la orden de San Gerónimo, vistiendo su hábito y profesando su austera regla, en el monasterio de Santa Catalina de Montecorbán, en los años de 1741 y 1742.

Dedicado á los ejercicios de piedad y al estudio de las letras hizo notables progresos en ambos, alcanzando por su ciencia y aplicación, cuando cumplía 20 años de edad, la distinguida honra de sus